

Los retos de la paz territorial desde, para y con las mujeres

Buenas tardes. Qué buena ocasión para conversar sobre los retos de la paz territorial, en este caso desde, para y con las mujeres en el *Día nacional de la memoria y la solidaridad con las víctimas*.

Acudiendo justamente a esa memoria todavía en construcción y en disputa, hoy ya no es posible dejar de reconocer que las mujeres hemos afrontado de manera significativa los impactos demoledores de esta guerra. En esta cruenta y agobiante confrontación armada, las mujeres hemos vivido en el cuerpo y la dignidad el carácter patriarcal de la guerra. Utilizadas como botín de guerra, los cuerpos femeninos han ingresado en la contienda armada para amenazar, humillar y someter a los enemigos. El desplazamiento forzado, la violación, el control de los afectos y de sus estéticas, las humillaciones y escarnios públicos, el reclutamiento para fines sexuales, domésticos y militares han sido parte de las estrategias utilizadas por todos los actores enfrentados.

Por lo anterior, no extraña que en el imaginario social, la condición de víctima sea la que prevalezca y no se considere nuestro lugar como sujetos políticos que queremos y podemos incidir, con otros sectores sociales, en dibujar la nueva arquitectura de un país y unos territorios que requieren con apremio sanar heridas, así como acciones claras para redistribuir la riqueza, instar al reconocimiento de los responsables no solo de mantener tantas desigualdades, inequidades e iniquidades sino también de emplear las violencias y de modo particular la violencia armada como forma de aniquilar al otro diferente.

Frente a la guerra, las mujeres –al menos muchas a lo largo de la historia- hemos desatado palabras y acciones insumisas, proponiendo otros modelos civilizatorios. Desde el feminismo, el pacifismo y muy diversas formas de resistencia, el colectivo femenino ha buscado re-editar utopías que permitan otras maneras de convivencia y de tramitación de los conflictos, inspirando desde nuevas enunciaciones y prácticas, la supresión de los mandatos que, sobre las sociedades, y en particular sobre las mentalidades imponen guiones pre-establecidos que obstruyen la emergencia de la solidaridad, el respeto y la compasión en su más enaltecedora definición. Así entonces el individualismo, la competencia y la codicia son las prácticas recurrentes en nuestro paisaje no solo local y nacional, sino también planetario.

Las mujeres que nos hemos encargado de cuidar la vida en tiempos de paz, por cierto escasos en Colombia, y de recuperar vidas durante y después de las guerras, trabajamos con más ahínco en la construcción de la paz, en contra de la guerra y por la recuperación psicosocial y económica en las etapas de post conflicto, así lo demuestran varios estudios.

El acuerdo para la terminación del conflicto armado con las FARC que se discute ahora en La Habana y el naciente proceso con el ELN, son por decirlo de algún modo, la cuota inicial

para generar una gran movilización ciudadana y su arco iris de diversidad, que nos permita el tránsito a un país que transmute los odios que se heredan de generación en generación, de dirigencias en dirigencias.

No podemos permitir que se sigan destruyendo tantas vidas y bienes. Que veamos natural y hasta se aplauda la eliminación del otro diferente, que tantos recursos públicos se inviertan en el aparato de la guerra. No podemos olvidar que la guerra prescinde de vidas, afecta proyectos de vida, produce devastación en el medio ambiente, así como en la infraestructura física y social. Desvía cuantiosos recursos para la tecnología de la guerra y el sostenimiento de la misma. Mutila cuerpos, trastorna psiques y anula los sentimientos compasivos y de hermandad humana.

Vendrán unos procesos de refrendación, verificación e implementación de los acuerdos en los cuales las mujeres queremos estar presentes con voz plural y capacidad de decisión, por ello en los territorios, en los cuales finalmente se construirá la paz, requerimos estar preparadas y calificadas para desplegar nuestra enorme posibilidad de imaginarnos colectivamente muchas acciones –políticas, educativas, artísticas, simbólicas, comunicacionales- que permitan informar, formar, convocar y convencer no solo a las mujeres sino a una sociedad, todavía desconfiada por decir lo menos, a respaldar los acuerdos y a trabajar por las causas políticas, económicas, culturales e históricas que han activado este y otros tantos conflictos armados así como cruentas expresiones de violencia a lo largo y ancho de la historia de Colombia. Claro hay preguntas, miedos, resistencias, pero sin duda es un momento para ser generosas y generosos con el presente y el futuro de nuestro país.

Aunque el gobierno está proponiendo un plebiscito para refrendar los acuerdos, muchas voces, entre ellas las Farc, están proponiendo una asamblea nacional constituyente. Una y otra propuesta presenta posibilidades y riesgos en una sociedad fragmentada y polarizada a favor o en contra de estos acuerdos. Sin embargo, sea cual sea la opción que se adopte, pues la corte constitucional no ha dado aún su palabra frente al mecanismo del plebiscito, ella implica un enorme trabajo de conocimiento, discusión y apropiación de los acuerdos para sentar las bases de un nuevo momento en la historia del país, con oportunidades para transitar hacia cambios en el ordenamiento político, institucional, jurídico que construyan justicia social y con las mujeres, pero sobre todo es la oportunidad de generar profundas transformaciones culturales, así como en las ideas y prácticas que tanto en la esfera privada como pública naturalizan el autoritarismo, las violencia y la guerra.

Sin duda la tarea de la paz en Colombia, esa que no se acota en la cesación de la confrontación armada, es un asunto de adentro –nuestro corazón- y de afuera –la acción política ciudadana-, de cambios en la cultura, en nuestras mentalidades y en los modelos, pero también involucra a las élites que la han agenciado, a las víctimas, las organizaciones

sociales, los partidos políticos, por supuesto al estado así como a las ciudadanas y ciudadanos que habitamos este amplio y diverso territorio.

Los procesos de diálogo y negociación, y la concreción final en acuerdos de paz, son hechos fundamentales en una sociedad que como la colombiana ha sido destruida y desestructurada por efectos de la guerra. Sin embargo, las más de las veces, las mujeres en particular, quedamos excluidas de los asuntos que definirán la reconfiguración y recuperación de sentidos de vida, lazos sociales, así como de los acuerdos fundantes: éticos, políticos, jurídicos y normativos de la nueva etapa que se aspira traiga nuevas oportunidades y condiciones.

Con frecuencia, la cesación de la confrontación armada no significa cambios sustanciales en la organización sociopolítica ni en las estructuras de poder, mucho menos en las condiciones de equidad en particular para las mujeres, lo que se complejiza con la desatención y olvido de las víctimas, al igual que con situaciones de impunidad y con inadecuados procesos de reincorporación de los excombatientes.

Estos elementos entonces crean las condiciones para un estado de descontento y desilusión, que en muchos de nuestros países se expresa en la emergencia de otros fenómenos armados que desestabilizan igualmente las relaciones y el tejido social. El caso centroamericano es un testimonio de estas situaciones. En Colombia igualmente se han reeditado, después del proceso de negociación con los grupos paramilitares, fenómenos de violencia que involucran mafias y desmovilizados de tales grupos, empleando los mismos métodos de control político y armado que se pretendieron acabar con el proceso de negociación.

Las organizaciones de mujeres, hemos insistido en participar en las agendas de negociación de los conflictos, con el fin de garantizar condiciones sociopolíticas, culturales y éticas que dignifiquen a las víctimas, así como garantías de verdad, justicia y reparación como elementos sustanciales para la reconciliación, en un marco que garantice la no repetición y la memoria histórica. En este modelo de negociación claramente no participó de modo directo la sociedad civil, sin embargo las mujeres logramos la presencia de mujeres en la mesa de negociación y la creación de la subcomisión de género.

Pensando ya en el escenario de los post-acuerdos, las mujeres queremos ser actrices decisivas, pactantes activas pues sabemos que el modelo dominante puede seguir operando con nuevos ropajes.

La paz territorial para las mujeres empieza por ese territorio cercano, íntimo y al mismo tiempo político, disputado y violentado por guerreros, iglesias y el estado. Hablamos del cuerpo, primer escenario desde cual aspiramos se construyan nuevos imaginarios y prácticas de respeto y dignificación. La paz territorial también es construcción plena y

dinámica de la democracia con las voces polifónicas de las mujeres y los hombres así como de tantos sectores excluidos y discriminados. Paz territorial es construcción colectiva de lo público con gobiernos locales y un estado nacional garante de derechos y responsable con sus obligaciones. Paz territorial es cambio cultural y de imaginarios que naturalizan las violencias en particular las violencias machistas contra las mujeres. Paz territorial es controles efectivos a la corrupción, es apropiación social, política, económica y ambiental del territorio por parte de sus pobladores y no de multinacionales, empresas minero energéticas y mafias de todas las pelambres.

Las mujeres no podemos ni queremos estar ausentes de las decisiones del presente y el futuro de nuestro país. Por ahora, nuestra palabra colectiva, no es tan audible como queremos, sin embargo...seguiremos persistiendo en la creación de sociedades que iluminen y promuevan una senda de respeto a los derechos de todas y de todos.

Y para terminar voy a compartir con ustedes un bello texto, que de alguna manera resume el sentido de mi intervención. Ese texto fue enunciado por mujeres chinas que debieron inventar un lenguaje secreto de mujeres para mujeres –el Nushu- el cual pervivió hasta hace muy pocos años en China, creado como reproche y resistencia en una sociedad dominada por hombres que excluía a las mujeres. El Nushu era el lenguaje de la vida diaria, de lo natural, de las emociones, de las ilusiones, de la esperanza.

Olvidar/recordar

Cuando los aspectos femeninos se olvidan,
solo se oyen historias de hombres.

Sin historias de mujeres,
solo nacen héroes masculinos.

Cuando la lengua hablada solo puede ser entendida por la mitad de la comunidad,
se pierde la sabiduría de los siglos.

No debería ser necesario reinventar
la rueda cada generación.

El Tao de las mujeres

Silvia María García A.
Directora General
Corporación Para la Vida Mujeres que Crean